

sin cuento, como por medio de la Escritura todo está presente, porque de una mirada y con la rapidez del relámpago recorreremos toda la cadena de la historia, Jesucristo es para siempre nuevo, está asentado en la plena realidad de los acaecimientos que forman la vida conocida y cierta del género humano,

Pudiera detenerme aquí, señores, porque ya veis que la máquina mítica está por tierra, puesto que falta en Jesucristo la condicion fundamental del mito, que es la ausencia de la Escritura. El mismo doctor Strauss confiesa expresamente que el mito no es posible habiendo escritura, y por eso procura despojar á Jesucristo del carácter escritural, retrasando, cuanto le es posible, la publicacion de los Evangelios. Presto veremos la flaqueza de este recurso, si me permitís seguir paso á paso la huella de su argumentacion.

La analogía, dice, está contra Jesucristo, puesto que el mito es la base de todas las religiones conocidas. Falso. El mito es la base de las religiones de la antigüedad, menos el mosaismo, porque todos esos cultos tenían hondas raíces en una tradicion cuyas sombras y extravíos no había atajado ni precavido la Escritura. Pero llegada la Escritura hasta los falsos cultos, como el de Mahoma, han tomado una consistencia histórica que los separa manifiestamente de los sacerdocios y cultos corrompidos de la antigüedad. La diferencia salta á la vista. Por esto ni á nosotros los cristianos ni á vosotros los que combatís el Cristianismo, nos ocurrirá siquiera combatir á Mahoma transformando su persona en un mito y al Corán en una edicion mítica. La fuerza de la escritura bajo cuyo imperio vivió, nos veda hasta el pensamiento de tan quimérica temeridad. Nos es forzoso reconocer que es un personaje real, que escribió ó dictó el Corán, que organizó el islamismo, y nuestro único recurso contra sus pretensiones sobre nosotros es tratarle de impostor, decirle enérgicamente : mentiste. Pero eso es mas difícil en nuestro caso, y el éxito mucho mas costoso, y por eso el racionalismo disputa tan artificiosamente á Cristo su poderosa realidad. Sea de esto lo que fuese, la analogía que se invoca para extender hasta sobre él la oscuridad del mito, es una analogía sin fundamento. Una gran línea de demarcacion separa en dos hemisferios todos los cultos conocidos, el hemisferio mítico y el hemisferio real : aquel contiene los cultos formados en los tiempos primitivos, bajo el imperio de una tradicion móvil; este encierra los cultos verdaderos ó falsos que la Escritura ha fijado en una historia y un dogma

determinados. Para rechazar los primeros, basta oponerles su carácter mítico; para rechazar los segundos, es preciso entrar en la discusion de su valor histórico, intelectual, moral y social.

Verdad es que se niega á Jesucristo su carácter escritural, ¿pero cómo? Porque es imposible, dicen, probar que la publicacion de los Evangelios se verificó antes del año 150 de la era, de donde se sigue que el tipo de Cristo fluctuó por espacio de mas de un siglo á merced de la tradicion. Señores, aun cuando yo lo concediera, aun cuando yo concediera que nuestros Evangelios no se publicaron antes del año 150, ¿qué se ganaria con ello? Nada. Antes del año 150 existia la escritura fuera de la escuela cristiana; existia entre los judíos, los griegos, los romanos, en todo el teatro donde se debatía la cuestion del Cristianismo; la historia estaba fundada por la publicidad é inmutabilidad de los monumentos. Antes del año 150, se anunciaba á Jesucristo muerto y resucitado en todas las sinagogas que cubrian, y aun mas allá, la superficie del mundo romano: se le anunciaba públicamente en el palacio de los Césares y en el pretorio de todos los procónsules. Antes del año 150, Tácito y Plinio el jóven, á quienes he citado, atestiguan que sucedía así. Estas predicaciones, estos testimonios, estas discusiones, esta lucha, esta sangre, todo esto era público, estaba escrito; no era una sucesion muerta, abandonada á los azares del tiempo y de la imaginacion durante mil años de indiferencia y de paz. El cristiano daba al mismo tiempo su palabra y su vida, y tres sociedades juntas, sobradamente interesadas en lo que pasaba, la sociedad cristiana, la judía y la romana, se reunían en el campo de batalla, cuyo límite tradicional circunscribís vosotros mismos á poco mas de un siglo. ¡Cómo! Aquellos judíos á quienes se decía : habeis muerto á Jesucristo; aquellos príncipes y presidentes cuyas órdenes eran menospreciadas en nombre de Jesucristo; ¡ni uno de ellos siquiera echó de ver que se trataba de un mito en el estado de formacion! No, todo el mundo estaba en la sangre, y por consiguiente en la realidad; todo el mundo estaba en la discusion, y por consiguiente en la fuerza y en la gloria de la publicidad, que es el fundamento de toda la historia. Poco importa, pues, la fecha de los Evangelios; porque la historia lleva los Evangelios. Si no aparecieron hasta ciento veinte años despues de Jesucristo, vivían en la boca de los apóstoles, en la sangre de los mártires, en el odio del mundo, en el pecho de millones de hombres que confesaban á Jesucristo muerto y resucitado. ¡Qué miseria, señores, qué flaqueza! ¡Comparar una



religion cuyos orígenes son tan públicos y militantes, y á cuya escritura solo veinte años precedió la tradicion; compararlos á esos cultos sin historia, sumergidos por espacio de dos mil años en las aguas inciertas de una tradicion que á nadie se habia confiado, y por la cual nunca se vertió una gota de sangre!

Juzgo casi ocioso deciros, que no aceptamos la fecha que se quiere asignar á la publicacion de los Evangelios. Los Evangelios son escrituras públicas, que contienen hechos públicos, que entran en la trama pública de las historias; llevan el nombre de tres apóstoles y de un discípulo célebre, que eran hombres públicos de una sociedad pública, y es imposible que semejante atribucion en tales circunstancias sea contraria á la verdad. No lo consienten las leyes matemáticas de la publicidad. Los Evangelios son los apóstoles, tienen el valor de su testimonio, y la fecha de su vida; es decir, la fecha de una vida contemporánea, y el valor de un testimonio coetáneo. Este pormenor de autenticidad se trataba con la autenticidad general de los orígenes cristianos y es inseparable de ellos. Juzgad nuevamente de la relacion que existe entre monumentos semejantes, y los mitos oscuros nacidos del sordo y tenebroso abismo de la remota antigüedad.

En vano para rechazar á Jesucristo mas allá de su tiempo, se llama en auxilio á la idea mesiánica que habia preparado su venida. Porque en primer lugar, la idea mesiánica no era un mito, sino que pertenecía á un pueblo escritural, á un pueblo escritor y escrito, y ella misma era una parte de su escritura. Era una idea fija y un hecho fijo. Pero aun cuando el mesianismo hubiera sido primitivamente un mito, no puede ya guardar este carácter en su aplicacion á Jesucristo. Porque esta aplicacion á Jesucristo era moderna; se verificaba en una época del todo escritural y pública; y por consiguiente, el mito aun dado que hubiera existido en lo pasado, desaparecía á la gran claridad de Jesucristo y de su siglo. La cuestion real ahogaba la cuestion quimérica.

Restan, señores, los signos míticos que se pretende descubrir en la misma historia de Jesucristo. El primero de estos signos es lo maravilloso. Lo maravilloso, dicen, es el carácter mítico propiamente dicho; donde quiera que se muestra, desaparece la historia; porque siendo el milagro esencialmente imposible, toda relacion que le contiene es claro que no puede ser historia. Así nos dice el doctor Strauss, yo echo por tierra toda vuestra dogmatizacion con este solo argumento: El Evangelio es un tejido de milagros: es así que

el milagro es imposible, luego su historia es tambien imposible, y por consiguiente esa historia no existe. No puede ser mas que un mito.

Si el milagro es ó no imposible, es una cuestion de metafísica que ya he tratado y á la cual no volveré; pero á lo menos es una cuestion. Vosotros los racionalistas no admitís la posibilidad de la accion soberana de Dios en este mundo; nosotros los cristianos la admitimos. Ahora bien, nosotros somos hombres como vosotros; inteligencias como vosotros; mas numerosos que vosotros, y si sois sabios, lo somos tanto como vosotros.

Y mientras vosotros negais los milagros, nosotros los pedimos á Dios todos los dias, persuadidos de que manifiesta de ese modo su poderío y bondad pasa con nosotros aun hoy en dia. No paramos aquí: no concebimos la idea de Dios sin la idea de una soberanía que pueda manifestarse por la omnipotencia de su accion, de manera que para nosotros la negacion de la posibilidad del milagro, es la negacion misma de la idea de Dios. Dios, segun nosotros, es milagroso de suyo, y si la historia cesa por el milagro, pensamos que Dios cesa sin el milagro. Ya lo veis, un abismo separa estas dos opiniones. ¿Qué se sigue de aquí? Se sigue que la posibilidad del milagro es una cuestion, y por consiguiente que decidir de la realidad de la historia por la presencia ó la ausencia del milagro, es decidir una cuestion, por otra cuestion, procedimiento que es contrario á las reglas de la lógica y del sentido comun. ¡Cómo! existen monumentos auténticos, que se enlazan mutuamente con arreglo á un orden visible y constante, que se ligan con todo el discurso de la vida humana pública, inatacables, ciertos, consagrados, que fuera insensatez combatir; mas encuéntrase en ellos el dedo de Dios, ese dedo que crió al mundo, y esto basta, la historia ha desaparecido. Me dispensaréis, señores, aun suponiendo que el milagro sea problemático en sí, de que niegue yo lo cierto á causa de lo incierto. Nosotros, los cristianos, admitimos lo incierto bajo la fe de lo cierto: cada uno tiene su lógica.

Se insiste haciendo observar que lo maravilloso es el único carácter que distingue la fábula de la historia. Esto no es verdad, señores; la línea de demarcacion entre la historia y la fábula está en otra parte; está en la diferencia que media entre las cosas que carecen de enlace y de monumentos públicos, y las cosas enlazadas entre sí y conocidas completamente por la publicidad. Lo he dicho, y no lo repetiré.



¿Es mas feliz el doctor Strauss en lo que constituye el fondo de su libro, en el catálogo de las innumerables equivocaciones y contradicciones de nuestros evangelistas? Creo que no. He leído ese libro con atención y fatiga, y hé aquí como procedía yo. Después de haber estudiado un párrafo, siempre larguísimo, y hay de ellos ciento cuarenta y nueve distribuidos en cuatro volúmenes, cerraba el libro para reponerme un poco de la fatiga y de cierto espanto involuntario causado por la abundancia de la erudición. Abriendo luego el Evangelio, que besaba yo respetuosamente, leía los textos que habían sido objeto de la discusión, por ver si lograría romper el nudo de la dificultad con solo las luces de una literatura común y sin auxilio de ningún comentador. Pues bien, fuera de tres ó cuatro pasajes, nunca he necesitado mas de diez minutos para disipar el encanto de una vana ciencia, y sonreírme interiormente de la impotencia á que Dios ha condenado el error. No puedo, señores, haceros pasar revista á toda esa legión de textos torturados por el racionalismo; así me limitaré á dos ejemplos tomados al acaso.

Teniendo que contar San Lucas el nacimiento de Jesucristo en Belén, fuera del país de sus deudos, se expresa en estos términos: *Aconteció en aquellos días, que salió un edicto de César Augusto, para que fuese empadronado todo el mundo; este primer empadronamiento fué hecho por Cirino, gobernador de la Siria.* Con este motivo el doctor Strauss, después de haber probado muy científicamente que el empadronamiento era imposible, abre las *antigüedades judáicas* de Flavio Josefo, y muestra con un texto formal que Cirino no había gobernado la Siria hasta diez años después del nacimiento de Jesucristo. Ya podeis juzgar del triunfo.

¿Pues sabeis lo que se necesita para resolver la dificultad? ¿Pensaréis acaso que sea necesario modificar una palabra, una letra? No, menos todavía. Todos sabeis cuál es el valor de un acento en la lengua griega; mudad pues un acento, y hé aquí cual será el sentido del Evangelista: *Aconteció en aquellos días que salió un edicto de César Augusto para que fuese empadronado todo el mundo; este mismo primer empadronamiento es el que fué hecho por Cirino, gobernador de la Siria.* Es decir, que habiéndose dado la orden de empadronar el imperio romano, y habiendo esa orden recibido un principio de ejecución, sin embargo no se realizó hasta diez años mas adelante, en tiempo del presidente Cirino. Y si la historia sagrada hace mención de Cirino, es justamente para

imprimir á su declaración un carácter auténtico; porque si se hubiera contentado con decir: *Salió un edicto de César Augusto para empadronar todo el mundo*, se hubiera podido objetar que el empadronamiento no se había realizado en el momento de nacer Jesucristo. Así previene la objeción diciendo: *Este mismo primer empadronamiento es el que fué hecho por Cirino, gobernador de la Siria.*

Hé aquí otro ejemplo. A propósito de la resurrección de nuestro señor Jesucristo, se lee que las santas mujeres fueron al sepulcro, según San Marcos, salido ya el sol, y según San Juan, reinando aun las tinieblas. El doctor Strauss nota esta contradicción entre otras muchísimas que pretende descubrir en el hecho de la resurrección, y no deja de utilizarlas. ¿Pero qué se necesita para resolver esta terrible dificultad? Basta comprender que cuando se comienza un viaje muy de mañana, es posible partir con tinieblas y llegar con el día.

Os aseguro, señores, que excepto un cortísimo número de pasajes, ninguna dificultad me ha embarazado mas. De manera que después que el libro me hubo caído á menudo de las manos de tedio, las manos me cayeron también al pensar que esa era la ciencia, la ciencia alemana, esa ciencia, en cuyo nombre se nos desafia soberbiamente á nosotros, predicadores y escritores católicos de Francia, diciéndonos: ¡Hablaís de Cristo y del Evangelio! ¡los citais! ¡mas cuán sencillos sois! ¡á estas horas, la Alemania ha destruido á Cristo y al Evangelio; los ha pesado á la luz de la crítica, y todo eso no es ya mas que un sueño, una sombra, un mito!

Dejemos ese triunfo al orgullo, y nosotros, hijos del buen sentido, examinemos porqué la historia de Jesucristo se presta al género de ataques que acabo de señalaros. Si la Providencia lo hubiese querido, Jesucristo hubiera tenido un solo historiador que condujera desde el principio al fin el hilo de su vida con una claridad cronológica, que hubiera puesto cada parte en su verdadero lugar, y el todo fuera de la mas leve discusión. Pero la Providencia no lo quiso: deseaba que el Evangelio fuera obra de muchos hombres diferentes en edad, en carácter, en estilo, y ninguno de los cuales reuniese bajo su pluma todos los materiales de la vida de Cristo, sino simples fragmentos que aun pudieran elegirse arbitrariamente. El designio de Dios en esto era hacer de la biografía de su Hijo un milagro de verdad íntima que la vista mas vulgar pudiera discernir, y que no se encontrase en ninguna otra vida de hombre alguno.



Con efecto, desde la primera vista es chocante la multitud de los Evangelistas, no solo á causa del frontispicio, que lleva nombres diferentes, sino por el reflejo de su carácter personal en cada uno de los Evangelios.

Se ve, se siente, que San Mateo, San Marcos, San Lucas, San Juan, son almas de distinto temple, y que cada uno de ellos burila por su parte la figura de su maestro, sin curarse en manera alguna de lo que hace su vecino, ni aun de lo que exige el orden de la cronología. De ahí una eleccion arbitraria de fragmentos, falta de enlace, contradicciones aparentes, pormenores omitidos en este y referidos en aquel, multitud de variedades que no se alcanzan. Esto es cierto, y sin embargo, en los cuatro Evangelistas se vé la misma figura de Cristo, la misma sublimidad, la misma ternura, la misma fuerza, la misma palabra, el mismo acento, la misma singularidad suprema de fisonomía. Abrid á San Mateo, el publicano; á San Juan, el jóven virgen y contemplativo; escoged la frase que queráis en uno y otro, tan diferente por la expresion como por el asunto; pronunciadla delante de diez mil hombres reunidos, y todos levantarán la cabeza; han reconocido á Jesucristo. Y cuanto mas se muestre el desacuerdo exterior de los Evangelistas, mas probará su fidelidad ese acuerdo íntimo de que procede la unidad moral de Cristo. Si tan bien expresan unánimes la figura inimitable de Cristo, es porque la tienen delante, la ven tal como fué, y tal como no han podido olvidarla. La ven con sus sentidos, con su corazon, con la exactitud de un amor que va á dar su sangre; son á un mismo tiempo testigos, pintores y mártires. Esta actitud de Dios delante del hombre no se ha visto mas que una vez, y por eso no hay mas que un Evangelio, aunque hay cuatro Evangelistas.

Por eso no hay alma que sea á él insensible: ¿qué alma no olvida algun dia la ciencia á los piés de Jesucristo pintado por sus Apóstoles? Oid, por conclusion, una palabra francesa que nos consolará de los furios de una ciencia á quien no ha desarmado el Evangelio. Es de un hombre cuyo juicio sobre Jesucristo os he citado ya, y expresa en un lenguaje claro y feliz el sentimiento, que así en el profano como en el cristiano deja la lectura del Evangelio. «¿Dirémos que la historia del Evangelio es inventada de intento? Amigo mio, no es así como se inventa, y los hechos de Sócrates, de que nadie duda, están menos atestiguados que los de Jesucristo. En realidad, esto es aplazar la dificultad sin destruirla; fuera mucho mas inconcebible que muchos hombres hubieran fabricado de acuerdo

este libro, que lo es el que uno solo haya suministrado su argumento. Nunca autores judíos hubieran encontrado ese tono y esa moral; y el Evangelio tiene caracteres de verdad tan grandes, tan patentes, tan inimitables, que su inventor sería mas asombroso que el héroe.»

Hé ahí la lengua francesa y el carácter francés. Y por eso no debeis sorprenderos de volver á Cristo despues de haberle dejado. La lucidez de nuestra inteligencia nacional sostiene en vosotros la luz de la gracia, y os hace atravesar como gigantes esos abismos erizados de ciencia; pero de una ciencia que desprecia el alma. Sed fieles á ese doblado don que os lleva hácia Dios; juzgad del poderío de Jesucristo por los esfuerzos tan contradictorios y vanos de sus contrarios, y permitidme os recuerde al terminar, un rasgo célebre que pinta ese poder, y cuya elocuente profecia han confirmado quince siglos.

Cuando el emperador Juliano combatia al cristianismo con esa guerra de astucia y violencia que lleva su nombre, y cuando ausente del imperio habia ido á buscar en las batallas la consagracion de un poder y de una popularidad, que debian, en su sentir, consumir la ruina de Jesucristo, el retórico Libanio, uno de sus familiares, encontrando á un cristiano le preguntó por burla y con toda la insolencia de un hombre ya seguro del triunfo, qué es lo que hacia entonces el Galileo; el cristiano respondió: hace un ataud. Algun tiempo despues pronunciaba Libanio la oracion fúnebre de Juliano en presencia de su cuerpo magullado y de su poder desvanecido. Lo que hacia entonces el Galileo lo hace siempre, señores, sean cuales fueren el arma y el orgullo que se opongan á su cruz. Fuera largo aducir aquí ahora todos los famosos ejemplos que de ello nos ofrece la historia; pero tenemos algunos que nos tocan de cerca, y con que Jesucristo, al fin de las edades, nos ha confirmado la nada de sus enemigos. Así, cuando Voltaire se frotaba de alegría las manos, hácia el fin de su vida, diciendo á sus amigos: «Dentro de veinte años verá Dios un buen juego,» el Galileo estaba haciendo un ataud; era el ataud de la monarquía francesa. Así, cuando un poder de otro orden, pero nacido tambien del suyo, tenia al sumo Pontífice en un cautiverio que presagiaba la caida, á lo menos territorial, del vicario de Jesucristo, el Galileo hacia un ataud: era el ataud de Santa Helena. Y hoy, al mirar á la Alemania agitada por las convulsiones de una ciencia que no tiene ya regla, y de que acabais de ver tan lamentable trabajo,



podemos decir con tanta certidumbre como esperanza: el Galileo hace un ataud, y es el ataud del racionalismo. Y á vosotros todos, hijos de este siglo, mal instruidos por las miserias de los errores pasados, y que buseais fuera de Jesucristo el camino, la verdad y la vida, el galileo hace un ataud contra vosotros, y es el de todas vuestras mas preciadas concepciones. Y siempre será así; pues el Galileo nunca hace mas que dos cosas: vivir él, y luego, ya con sangre, ya con el olvido, ya con ignominia, echar en el sepulcro á todo lo que no es él.

## SERMON CUADRAGÉSIMO CUARTO.

### De los esfuerzos del racionalismo para explicar la vida de Jesucristo.

En vano se ha esforzado, pues, el racionalismo por destruir y desfigurar la vida de Jesucristo. Jesucristo está en pié; el poder de la historia le protege contra todos esos ataques y le mantiene. Ha sido por tanto necesario que el racionalismo tentase el postrero y soberano esfuerzo para explicar á lo menos esa vida que no habia podido destruir ni deshonrar. Nosotros los católicos explicamos la vida de Jesucristo, explicamos el triunfo que ha alcanzado, el mayor de todos, esa formacion en los entendimientos de la certidumbre racional de la fe, esa formacion de la santidad en el alma por medio de la humildad, la castidad y la caridad, esa formacion en el mundo de la sociedad espiritual, una, universal y perpetua, la explicamos con esta sola palabra: que Jesucristo es el Hijo de Dios. Mas cuando no se la explica de este modo, cuando se supone que Cristo no es mas que un hombre, es preciso no obstante darse la razon á sí mismo de ese triunfo, el mayor que se obtuvo jamás, y que es el suyo. Ahora bien, como fuera del poder de Dios no hay otro poder que el del hombre, si Jesucristo no obró por el poder de Dios, es preciso que obrase por el poder del hombre. Pero siendo el poder del hombre en sus resultados evidentemente inferior á lo que Jesucristo ha hecho, siguese que debe buscarse en el hombre cierta raiz de poder, que en casos raros puede mostrarse de repente y explicar lo que fué y lo que hizo Jesucristo. Es decir, que no siendo Cristo el hijo de Dios, no es tampoco, segun él decia, el hijo del hombre; no es el hijo de Dios, ni el hijo del hombre, es el hijo de la humanidad, el fruto ilustre de esa accion sorda y progresiva que es la vida de la humanidad, y que en ciertos momentos fásticos, se abre en cierta manera, se dilata, saca de su seno un ser extraordinario, y le coloca en una gloria, donde todo lo que vendrá despues le confirme, hasta que la humanidad, preñada siempre del porvenir, se halle mal representada por ese ser heróico y soberano